

Una Historia Marciana 2.0: Un Refugio Para el Perdón
(Terminada).

Miguel Hernández

UNA HISTORIA MARCIANA 2.0: UN REFUGIO PARA EL PERDÓN

Miguel Hernández



Capítulo 1

Esta es una precuela de la obra Una Historia Marciana: Camino a la Libertad 1.0. Te invito a que la leas para conocer mejor la trama de esta historia, muchas gracias por tus aplausos, críticas y comentarios.

Una Historia Marciana 2.0: Un refugio para el perdón

Capitulo 1: Un día de batalla en la tierra.

Año 2059, la guerra entre la UOT y la FON llega a su quinto año de duración: Primera batalla en la Rusia ocupada; la Unión intenta tomar posiciones en los montes Urales, después del desastre de la marina en el Mar Caspio.

El combate estaba en todo su auge, por doquier las explosiones dejaban un rastro de humo y fuego en el espacio aéreo. El avión de combate tipo NODR-45, de piloto automático, con capacidad para unos quinientos combatientes se preparaba para soltar su preciosa carga. Los militares terminaban de cerrar sus trajes de combate. Las armaduras, reforzadas con exoesqueletos para multiplicar la fuerza de los combatientes, habían cargado por completo sus baterías. Los nuevos materiales con los que estaban fabricadas las hacían extremadamente ligeras. El casco más parecía una escafandra de buzo de profundidad que un accesorio militar. El resto de la armadura se componía de pechera, protectores para hombros, brazos, manos, piernas y pies de cerámica reforzada. Las articulaciones tenían libertad de movimiento y protección gracias a la malla tejida de grafeno que iba por debajo de los protectores cerámicos. Aunado a una red de sensores que monitoreaban los signos vitales del cuerpo de los soldados.

El médico de la compañía, Carlos Rivera, revisaba los contenedores de ampollas que le habían sido enviadas desde el alto mando de la UOT. Era un hombre de estatura mediana, tez morena y complexión delgada. Era todo lo que la armadura permitía ver de su fisonomía. Un gesto de desaprobación se mostraba en su rostro. Tambaleándose por las sacudidas del avión se dirigió hacia su superior. Era una mujer de piel oscura, de cuerpo atlético y mirada intimidante.

—Señora capitana Hunter, necesito hablar con usted.

—Doctor, no pierda el tiempo, usted y sus ayudantes ya deben empezar inyectar a mi gente, falta poco para llegar al punto de lanzamiento

—agregó impaciente la militar.

—Es que revisé las dosis, son esteroides anabolizantes *Highbol*; son una bomba para el organismo. Destruyen en cuestión de días el hígado y el sistema linfático. Además, provocan ataques de ira y dañan el cerebro de forma permanente.

—Mire doctorcito, ¿sabe usted cuanto es el promedio de vida de un soldado raso en combate?

—No señora.

—¡Un maldito día! Morirán antes de sufrir cualquier deterioro. Así que quiero que mueva su maldito trasero y comience a hacer su trabajo. Quiero a mi gente destrozando a los malditos *hanes*.

El médico se alejó resignado a hacer su trabajo; junto con sus cuatro ayudantes fueron aplicando las inyecciones a los combatientes. Se podía percibir la ansiedad y el estrés en los soldados, se bajaban un poco la malla de grafeno y por debajo del protector del hombro se introducía el químico con una especie de pistola para inyectar, de uso múltiple.

A medida que se acercaban al objetivo de lanzamiento las explosiones aumentaban afuera. Los pequeños drones Escudo intentaban bloquear los misiles y el ataque de los drones Kamikaze del enemigo. Cientos de pequeños artefactos de no más de treinta centímetros se sacrificaban colisionando con los atacantes protegiendo al avión y a sus ocupantes. Algunos no era posible detenerlos y conseguían el objetivo de alcanzar la aeronave. Producían abolladuras en el fuselaje al impactar y estallar. La malla de protección absorbía la explosión e impedía que se perforara. Buena parte de los drones se enfocaba en proteger las turbinas, ya que este era el objetivo principal de los Kamikazes. La aeronave contaba con cuatro cañones laser, pero en medio de la batalla entre autómatas era difícil diferenciar entre amigos y enemigos. Aun así, eran armas excepcionales contra los misiles teledirigidos. El avión se sacudía con violencia; pronto, el acoso de los aparatos enemigos y de sus armas laser de tierra serían imposible de contener.

—¡¡Prepárense perros, llegamos al infierno!! ¡¡A matar a los malditos *hanes*!! ¡¡Es hora de vengar la muerte de nuestras familias!! ¡¡Por la gloria de la Unión!! ¡¡Viva la Unión!!—gritó la capitana Hunter.

—¡¡Viva!! —gritó la muchedumbre, eufórica por los esteroides

Se abrió una compuerta trasera y los combatientes fueron arrojándose de la aeronave. Lejos quedaron aquellos viejos paracaídas en forma de

hongo, voluminosos y frágiles. Las armaduras desplegaban alerones y pequeños cohetes de propulsión que ralentizaban la caída y a la vez permitían evadir el ataque de los pequeños autómatas. Los militares, armados con rifles de asalto con función laser-proyectil. Podían seleccionar entre varias funciones de ataque. Elegible a través de su implante neuronal comunicado con su arma. Esto les permitía defenderse desde el aire.

En cuanto se lanzaron un enjambre de drones se les fue encima. Estas máquinas contaban con herramientas básicas como taladros y pequeños laser que podían segar a los soldados. Perforaban las armaduras e inoculaban toxinas en sus cuerpos. Otros autómatas, más grandes, disparaban balas hipersónicas que lograban traspasar las protecciones, también contaban con cuchillas giratorias que desmembraban cuerpos. El sistema automático de defensa del avión lograba proteger hasta unos cincuenta metros a los que se lanzaban. Mas allá de esto era imposible hacer algo. Cada quien quedaba a su suerte.

El doctor Rivera se lanzó de la aeronave, apenas si lograba percibir el ataque de los drones, se movían muy rápido, pasaban como centellas, la defensa del avión reventó a varios con sus cañones laser. Maniobraba con cierta torpeza la armadura. De pronto, el visor de su casco quedó tinto de rojo, pensó que había sido alcanzado, los sensores de su traje no indicaron nada. En eso, vio el cuerpo de un compañero decapitado bañando todo a su paso con su sangre. Se estremeció, apretaba con todas sus fuerzas su arma y no atinaba a usarla. Por un momento se arrepintió de no haber ingerido una píldora *emotion* adicional, un psicotrópico exclusivo para los oficiales y el personal médico. El sistema de sobrevivencia de su traje se activó al detectar funcionamiento anormal de la corteza cerebral. Tomó el control y manipuló el descenso. Pocos trajes contaban con este sistema, el resto de la milicia tenía que conformarse con poder llegar viva al suelo.

En cuanto lograban pisar tierra corrían para protegerse bajo una cúpula de protección, que no era otra cosa que un vehículo militar tipo tanqueta que contenía todo un sistema de defensa para destruir misiles y pequeños autómatas. Muchos aviones eran derribados mientras cientos de cuerpos desmembrados llovían del cielo. Otras aeronaves ni siquiera lograron soltar a los militares, fueron destruidas antes de alcanzar el objetivo. Carlos Rivera corría siguiendo al resto, con el rostro totalmente descompuesto. Las explosiones a diestra y siniestra volaban en pedazos a sus compañeros. Estaba cerca de llegar al escudo cuando un misil, que no pudo ser interceptado, reventó el vehículo con una tremenda explosión matando a todos los que se resguardaban junto a él. Carlos y un compañero fueron lanzados a unos metros de donde estaban. El otro perdió un brazo por el estallido. Aún sin recuperarse por completo, se quitó la mochila con el botiquín que cargaba en las espaldas, se arrastró hacia el soldado caído. En la herida abierta donde estuvo el brazo le

colocó espuma coagulante. No pudo continuar con la curación, el tipo se levantó, enloquecido volvió a correr insultando a los *hanes*. Era el efecto de los esteroides, eliminaban el dolor y alteraban el comportamiento volviéndolo temerario. No logró llegar lejos, fue acribillado por las balas ultrasónicas del enemigo.

El doctor se arrastraba por el campo de batalla tratando de atender a los heridos, pero eran demasiados, por doquier podían verse cuerpos mutilados y quemaduras por láser. Los heridos de bala tenían muertes seguras: estás, si lograban perforar las armaduras, se fragmentaban en pedazos y destrozaban los órganos internos. De pronto, vio a un colega entre los caídos; esto lo impactó, se veía a sí mismo en ese estado: el visor destruido, le faltaba la mitad del cráneo. Junto a ese cuerpo se encontraba un robot de carga del tipo cuadrúpedo, perdió la parte motriz trasera. Parecía no darse cuenta de su desgracia e intentaba levantarse. Sintió pena por la criatura, compañera de la tragedia humana.

Estaba agotado, a todos los que atendía se morían en cuestión de minutos, no pudo evitar sentir la impotencia y la amargura. Solo podía ver como sus compañeros avanzaban, junto con los robots de apoyo, mientras eran masacrados por las muchas variedades de armas. A su vez, comprendió que ellos hacían lo mismo con las tropas chinas ¿Acaso del otro lado había un colega suyo contemplando los mismos horrores con su gente?

Algunas balas se impactaron contra su traje; pero no habían logrado perforarlo, solo una de ellas alcanzó a fisurar el visor del casco. De pronto, una alarma se encendió en su armadura: ¡advertencia, neurotoxina detectada!

Una neblina roja comenzó a avanzar por el campo de batalla; muchos soldados, con el sello del visor dañado empezaron a caer llevándose las manos al cuello. Se comenzaron a convulsionar y a vomitar sangre. En su desesperación se quitaban el casco encontrando una muerte lenta y dolorosa. Ningún médico podría jamás hacer algo por todos ellos. Con lágrimas en los ojos, Carlos veía con pena e impotencia como se iban muriendo. Un reclamo salió de su garganta.

—¡¡Maldita sea!! ¡¿Por qué no puede la humanidad dejar de asesinarse?! ¡¿Por qué siempre terminamos dándole el poder a los que más daño nos van a hacer?!

Un poco de gas comenzó a penetrar por la fisura del visor, trató de tapanla con su mano; pero era demasiado tarde. Fue sintiendo como se paralizaba su diafragma y dejaba de respirar, cuando intentó quitarse el casco unas manos lo detuvieron. Era la capitana Hunter, poco después

perdió el conocimiento.

Capítulo 2

Capítulo 2: Llegada al nuevo mundo.

El robot tripulante 3TR34, con forma parecida a una araña: ocho extremidades y unas mordazas frontales multiherramienta; terminaba de cubrir con poliestireno el cadáver de otro pasajero. Era el método común seguido por los autómatas de los vuelos espaciales ilegales. Esto se hacía después de extraer y destruir el implante neuronal del cerebro de los fallecidos. El cuerpo se colocaba en posición fetal y se recubría con el polímero. Así adquiría la forma de una especie de roca espacial, difícil de diferenciar del resto del material externo. Posteriormente se expulsaba de la nave. Como el implante guardaba información de las últimas 24 horas del fallecido, era necesario deshacerse de él; por si fuera descubierto por las patrullas de la UOP. Así se evitaba cualquier responsabilidad por parte de la compañía propietaria de la nave.

El vuelo había salido de la tierra hacía cerca de tres meses, su destino: el planeta rojo. Todavía contaba con el viejo sistema de propulsión con motores de Plasma Estacionario, de tercera generación. Muy lejos de los nuevos motores de Propulsión Nuclear de Pulso, que usan explosiones nucleares controladas para desplazarse. La nave despegó con 32 pasajeros, solo 12 seguían vivos.

Los fallecimientos, debido a las escasas provisiones y suministros, habían comenzado hace más de un mes. Muchas personas que abordaban estos vuelos no imaginaban la pesadilla que les esperaba durante el viaje. La dona toroide giratoria, de la parte frontal del vehículo espacial, había fallado. Esto ocasionó que se perdiera la gravedad artificial. Los pocos sobrevivientes se mantenían atados a los salientes de la dona de la nave. Se veían obligados a usar mascarillas de oxígeno para respirar, estaban ocultos en un compartimiento de la carga. Siempre con el temor de ser descubiertos por los inspectores de las estaciones espaciales.

La tripulación estaba formada por algunos robots montacargas y unidades de mantenimiento. La cual no pasaba de más de cinco autómatas. La nave de carga estaba poco aprovisionada y las cantidades de oxígeno no eran suficientes para todos. Los más débiles fueron muriendo primero. Ese era el gran negocio de *los sardineros*, que era como llamaban a los traficantes de seres humanos, por la forma en la que amontonaban a los emigrantes en las naves. Todos pagaban de algún modo y muy pocos llegaban vivos, la gran mayoría terminaban siendo expulsados de las naves como cadáveres. Entre menos individuos atrapados, menos responsabilidad para la compañía y menos investigaciones.

El autómata 3TR34 se aproximó a uno de los pasajeros, solicitó los datos de los signos vitales al implante neuronal. Estuvo a punto de arrancar al

individuo del saliente de la nave para embalsamarlo. En eso, recibió la respuesta. Se alejó en dirección de otro de los ocupantes, desplazándose en la ingravidez, mediante sus ocho extremidades. Era el doctor Carlos Rivera, dormía profundamente, estaba muy delgado, se veía enfermo y con profundas ojeras. Contaba con un traje de supervivencia, este mantenía estable la temperatura de su cuerpo y reciclaba los fluidos corporales. Un par de horas después, fueron despertados por un mensaje de la computadora de la nave enviado a sus implantes.

—Hemos llegado. Los que puedan, levántense y diríjense a los módulos de expulsión. Los que no, no hace falta que lo hagan.

Carlos despertó bruscamente en medio de una pesadilla. Se levantó con gran esfuerzo, a su lado estaba una capsula de vida con un infante dentro, la desató del saliente. Era extraño volver a sentir la gravedad, el cuerpo se sentía pesado, era difícil mover los miembros. Con dificultad llegó a una plataforma donde había unas cápsulas de forma esférica, no había instrumentación de ningún tipo adentro. Contó las esferas, solo eran 10 unidades.

—¡Desgraciados! Ni si quiera hay módulos para todos —agregó molesto.

Una niña de unos doce años tenía dificultades para caminar, puso su preciada carga en uno de los módulos de expulsión y fue en su ayuda.

—Por favor, ayude a mi abuelo, no puede levantarse —decía apuntando a un hombre de cincuenta y tantos años tirado en el piso de la nave, muy débil para incorporarse.

Lo ayudó a levantarse y apoyándolo en sus hombros lograron llegar, el problema es que eran once individuos los que lograron estar ahí y solo había diez módulos. Ya habían comenzado a ser expulsados de la nave por el túnel de expulsión, se veía como se alejaban las pequeñas esferas y perderse en lo profundo. El 3TR34 se acercó en ese momento, traía el cadáver de otro pasajero. Su misión, asegurarse que no quedara nadie en la plataforma.

—Nos arrojará a todos esta máquina, estemos o no dentro de una de esas esferas —dijo Carlos con resignación.

Nieta y abuelo se abrazaron observando que solo quedaban dos cápsulas, sabían que no podían sobrevivir la caída dos personas en una de ellas.

—Vayan ustedes, me quedó aquí —dijo Carlos con tristeza.

—No amigo, debe haber otra manera—agregó el abuelo

—Es la única forma, no hay otra, sálvense usted y su nieta.

—Veo que carga con un infante, el niño lo necesita —dijo el anciano apuntando al bebé en uno de los módulos.

En eso, el robot se acercó y tomó al anciano por el cuello con sus mordazas retráctiles, y se lo rompió. El hombre cayó muerto al instante

—Fin de la discusión, el tiempo se terminó, sobreviven los más fuertes —agregó el autómeta.

—¡Maldita máquina! ¡Eres igual de asesina que los humanos que te crearon! —dijo Carlos lleno de furia.

La niña lloraba abrazando el cuerpo inmóvil de su abuelo, Carlos se lanzó a golpes contra el robot, la máquina ni se inmutó por la debilidad de los ataques. Se irguió apoyándose en dos de sus extremidades, alcanzando los dos metros de altura. Tomó al doctor por la cintura, lo lanzó con fuerza contra una pared de la nave y lo hizo perder el sentido.

Capítulo 3

Ca

Capítulo 3: Heridas que no sanaron.

Carlos revivía una y otra vez las batallas, la muerte, las explosiones y los heridos desangrándose por todas partes. Una imagen se repetía indefinidamente en sus pesadillas: La llegada de las tropas de la UOT a un hospital móvil de las tropas de la FON. El lugar se encontraba repleto de cientos de personas heridas en camas improvisadas sobre el piso, personal médico, hasta niños de menos de cinco años y ancianos enfermos. Los militares de la Unión se encontraban totalmente intoxicados por los psicotrópicos y diversos tipos de esteroides. Sin ningún rasgo de humanidad descargaron sus armas contra toda esa gente. Recordaba como en cámara lenta como esas personas suplicaban y lloraban mientras eran acribillados. Los niños... ¡Ay! Los pequeños... sus llantos lo atormentarían por el resto de su vida. Carlos les gritaba que se detuvieran, pero era inútil. La sed de sangre no se detuvo hasta que todos se quedaron quietos y bañados en sangre. Un robot enfermero se desplazaba en medio de la barbarie, revisaba los signos vitales de los cuerpos masacrados, trataba de reanimarlos. Los militares reían a carcajadas viendo la escena. Uno de ellos tomó su lanzador plásmico, lo puso en modo descarga de energía, disparó y un chorro de plasma salió eyectado incendiando al autómata...

—¡Despierta! ¿Te encuentras bien? —. Una voz conocida lo despertó en medio de su pesadilla.

—¿Qué pasó? ¿Dónde estamos? —. El médico se despertó aturdido.

—Estamos en la superficie marciana. Resistimos la caída —decía mientras mecía al bebé dentro de la cápsula de vida.

Él reconoció a la niña de la nave de carga, asomada por la escotilla del módulo con su traje y casco protector. El sistema de comunicación del exterior hacia el interior funcionaba. Abrió y salió con cierta dificultad.

—¿Cómo logramos salir y llegar a los módulos? Lo último que recuerdo es que fui atacado por un robot tripulante —decía mientras veía a su alrededor.

—Recibimos ayuda, ahora estamos bien.

—¿Pero de quién? Estábamos solos.

En ese momento hizo su aparición el robot 3TR34, el médico se tiró asustado de espaldas mientras retrocedía empujándose con las piernas

—¡El robot, corre, corre!

—Tranquilo, no nos hará nada, lo tengo bajo control. Mira —decía mientras apuntaba a una diadema puesta sobre el módulo de control de la máquina.

—¡Lo hackeaste! ¿Cómo es posible?

—Es que tengo muchas habilidades, el autómata nos será muy útil. Debemos encontrar ayuda.

La niña recopiló datos del microprocesador de su implante neuronal, calculó la hora del día en base a la posición del sol, eran las 09:37 de la mañana, hora de Marte. Era un paisaje rocoso, de color rojizo y estéril todo lo que se veía a su alrededor. Posteriormente, con el mapa con el que contaba, trató de ubicar la posición donde se encontraban. Un mensaje se reprodujo en sus ciber-retinas: "Datos insuficientes, conéctese con el sistema GPS" Le fueron enviados datos de la temperatura actual: "Temperatura aproximada -10°C" Para mayor información conéctese a la red del planeta Marte.

Carlos buscó en su implante tratando de tener mejor suerte, pero nada. Había poca información, el paisaje no era reconocible.

—Debemos caminar y subir a una montaña, arriba el implante tendrá más datos para calcular donde estamos y poder orientarnos.

—¿Y si esperamos a la noche para orientarnos con las estrellas? —agregó la pequeña.

—No, no es buena idea, en las noches podemos llegar a los -56 °C. Se ha ido terraformando el planeta por veinte años; pero falta mucho para que sea algo parecido a la Tierra. Aún con estos trajes es poco probable que sobrevivamos mucho tiempo.

—Allá a lo lejos se ve una montaña —dijo la pequeña apuntando al horizonte.

—Está muy retirado, no llegaremos antes del anochecer.

—Entonces enviaremos a *makadee*. Es veloz y regresará pronto.

—¿A Quién?

—Al robot, así le he llamado: *makadee* significa araña, en hindi.

Carlos no dejaba de sorprenderse de la niña, era morena, muy delgada, medía como un metro veinte, cabello corto, usaba un tilak en la frente (símbolo en forma de lunar usado por los hindúes).

—¿Eres de la India verdad? ¿Cómo te llamas?

—Sí, soy india, me llamo Darsha.

—Yo me llamo Carlos, era médico en la Tierra. Hablas muy bien mi idioma.

—Sí, mi abuelo y yo escapamos de la India cuando la FON invadió mi país. Fue terrible, toda mi familia fue asesinada. Huíamos de una nación a otra, pero la guerra nos alcanzaba en todas partes, en los países de la UOT la vida no era mejor —contaba con tristeza — Ya solo nos quedaban 50 créditos de vida (equivalente a 50 raciones de alimento) cuando un oficial de la Unión y otros militares nos visitaron en los túneles para refugiados. Buscaba niños y niñas para convertirlos en esclavos sexuales. Mi abuelo y yo logramos escapar, le dimos nuestros últimos créditos a un *sardinero* para que nos dejara abordar esa nave que nos trajo a Marte. Lamentablemente él no sobrevivió.

—Lo siento mucho, ¿acaso no detestas a esta máquina que lo asesinó?

—La conciencia de las máquinas está poco desarrollada, es como la de una hormiga. No puedes llamar asesina a una de ellas. No matan por placer, ni son capaces de sentir odio. No tienen entendimiento del bien y el mal como las personas.

—Tienes razón, todo lo que pueden hacer es imitar el comportamiento de los seres humanos.

Se le dieron instrucciones al robot y partió hacia la montaña a recopilar datos de su ubicación.

Darsha observaba con detalle al bebe, la pantalla de la cápsula de vida daba los datos de los signos vitales de la criatura. El aparato, parecido a un moisés, mantenía la temperatura adecuada y reciclaba los fluidos, además de dosificar el alimento por medio de una sonda dentro de su garganta. Vio las facciones del pequeño, quedó sorprendida.

—¡Es un bebé *han!*

—Sí, es cierto —agregó Carlos.

—No es tu hijo.

—No, no lo es.

—Pero ¿qué haces con un niño del enemigo?

—Lo rescaté de un hospital de la FON, mis compañeros asesinaron a su madre. No pude permitir que le hicieran lo mismo. Escapé con él y me convertí en desertor. Abordé esa nave que nos trajo a Marte y aquí estoy.

—Te arriesgaste mucho, si te encuentran te ejecutan por desertor; lo mismo en la Tierra que en Marte.

—Lo sé.

—Es un bebé muy hermoso, itiene ombligo!

—Sí, fue gestado en el vientre de su madre. No es incubado.

—Ya no es muy común que las mujeres quieran gestar bebés en sus vientres; pero un bebé *han*, eso sí que es más raro. Tampoco tiene implante.

—No alcanzaron a colocárselo.

—Eso es bueno, así no podrá rastrearlo el Servicio Secreto de la UOT.

Unas horas después se veía regresar al robot por el árido paisaje. Descansaban en las esferas, ahorrando energías. Se presentó ante ellos.

—Tengo ubicado el lugar donde nos encontramos, estamos a 20 km de la ciudad Esperanza. Promedio del paso de un ser humano 5km por hora. Tiempo de llegada a la ciudad 4 h —dijo el robot.

—Bien, pongámonos en marcha —agregó Carlos.

Capítulo 4

Capítulo 4: El final del camino.

Caminaban en medio de la aridez del paisaje, con cierta dificultad. La arena hacía lenta la marcha hacia su destino. Sus pies se hundían en el polvo. El robot 3TR34 cargaba en sus hombros la cápsula con el pequeño. Darsha mostraba una gran fortaleza a pesar de su corta edad. Carlos, sin embargo, comenzó a toser y a ahogarse. Tuvieron que detener el paso unos momentos.

—¿Estás bien? Puedo proporcionarte un poco de agua de mi traje.

—No te preocupes, no es nada. Es solo que mis pulmones están dañados por las neurotoxinas que respiré en el campo de batalla —dijo con dificultad.

Continuaron con su paso, escalaron una pequeña montaña. A lo lejos podía verse una tormenta de arena acercándose hacia ellos.

—Tenemos que apresurarnos—dijo el doctor— las cosas se pondrán difíciles.

Saco de una de las bolsas unas cápsulas, eran las píldoras *emotion*. Solo le quedaban dos en el paquete.

—Ten, debes tomar una —extendió la mano ofreciéndole una a la pequeña.

—Desearía no hacerlo, es un tipo de droga.

—Lo sé, pero en este momento no hay opción, nos permitirá mantener la fuerza para llegar a nuestro destino.

La pequeña aceptó debido a que el cansancio ya estaba haciendo estragos en su cuerpo. La temperatura exterior comenzaba a calarle hasta los huesos, a pesar del traje de supervivencia. Continuaron apresurando el paso, momentos después lograron visualizar la ciudad con su estructura en forma de domo. Solo debían de atravesar algunos montículos y unas rocas en forma de estalagmitas.

Pronto pudieron observar a un equipo de mineros que regresaban a la ciudad en un camión todo terreno. Desafortunadamente una patrulla de la UOT se acercaba en ese momento. Para colmo de males la tormenta de

arena se les venía encima.

—Robot, apóyame, ¿qué posibilidades tenemos?

—¿Por qué le preguntas a él? —cuestionó Darsha.

—Las máquinas pueden tomar decisiones frías. Son mejores para estas situaciones.

El robot analizó la situación y calculó las posibilidades, después de unos momentos respondió.

—El oxígeno de sus trajes durará a lo sumo dos horas, la tormenta durará tal vez un día. No pueden esperar a que pase. Uno de ustedes deberá sacrificarse para distraer a los militares. Los demás podrán escapar rumbo a la ciudad.

Carlos miró con tristeza a la pequeña. Ya había tomado su decisión también.

—Encárgate de que el pequeño tenga un buen hogar, no será fácil, muchos lo odiarán por su origen.

—¡No por favor! ¡No puedes sacrificarte! Si es necesario que no atrapen a todos, que así sea —Dijo Darsha con el semblante descompuesto.

—No pequeña; te deportarán a la Tierra, te harán cosas terribles. Al bebé lo utilizarán como rata de laboratorio. Solo tienes una oportunidad, aprovéchala.

—Pero, ¿por qué quieres hacer esto?

—Me hicieron hacer cosas horribles en la guerra, llené de psicotrópicos a miles de personas, para que fueran como borregos al matadero. Los vi hacer cosas espantosas y no hice nada. Siempre despierto en medio de pesadillas. Salvar tu vida y la de ese bebé es lo mejor que haré en esta vida.

—¡No por favor!

—¡Escúchame bien! Te ocultas tras estas rocas, cuando veas que grito y los soldados vayan hacia mí, esperas a que te den la espalda y corres con todas tus fuerzas hacia la entrada de la ciudad. Ten, preguntas por la gobernadora Tania Anderson y le das esto —decía mientras le entregaba un camafeo electrónico— Ella te ayudará.

—Sí.

Después Carlos volteó a ver al autómata.

—Ahora, robot, necesito que me ayudes. ¿Puedes formatear la memoria temporal de mi implante?

—Puedo, pero no debo.

—No tienes opción, estás hackeado.

—Al introducirte el plug necesito que me proporciones tu contraseña para tener acceso a la memoria temporal —agregó la máquina.

El robot se aproximó, de sus tenazas multiherramienta sacó un plug. Se lo introdujo en el casco por un conector que iba directo a la cabeza a Carlos, este se convulsionó unos momentos. Poco después su ciber-retina le indicó: M.

—Robot, no la sigas, provocarías que sospechen los agentes de la UOT, quédate en el desierto — ordenó Carlos a la máquina.

Corrió hacia el otro extremo de la montaña y comenzó a gritar con todas sus fuerzas mientras agitaba los brazos. La patrulla de la UOT se encontraba a unos cincuenta metros. Fue detectado fácilmente. Cambiaron de dirección y fueron por él.

—¡Ayúdenme! Soy soldado de la Unión.

—¡Identifíquese!

—Mi implante se dañó, pero tengo mi código: Soy el teniente médico militar Carlos Rivera, número 1489356. Regimiento A21. Compañía 214 del tercer ejército de Europa del Este.

Uno de los militares introdujo un escáner en el implante de Carlos. Su memoria estaba borrada. Tomó sus datos biométricos con un escaner de mano y consultó su red.

—No tiene permiso para estar aquí. Debía estar en su regimiento. Es usted un desertor —dijo mirando la información recibida en su ciber-retina.

El teniente que dirigía al grupo de militares bajó del vehículo, sacó su arma y le apuntó a la cabeza.

—Cumpló instrucciones superiores, esto hacemos con los desertores —sin

miramientos jaló el gatillo y disparó.

Carlos cayó herido de muerte, la última imagen que registró su cerebro fue la de Darsha entrando a la ciudad a lo lejos, llevando en brazos al bebe. Después, todo se puso oscuro. Las pesadillas y la culpa terminaron para siempre. En Marte halló, por fin, un refugio para el perdón.